

751

ÍNDICE:

Dedicatoria: LOS EDITORES.-Soneto X: GARCILASO.-Egloga I (Fragmento): GARCILASO.-Glosas del redentor de la Poesía: JOSÉ M.ª PEMÁN.-Garcilaso de la Vega: CARMEN CARRIEDO.-Sombras.-Isabel Freyre.-PEDRO MONTERO GALVACHE.-Codicia divina: F. INFANTES FLORIDO.-Tríptico emocional en Garcilaso: FRANCISCO MONTERO GALVACHE. - El Trigo: P. PÉREZ CLOTET.-Río Guadaira: ADRIANO DEL VALLE.-Las siete palabras del fauno: † F. LASSO DE LA VEGA.-Desolación: FRANCISCO MONTERO GALVACHE.-Elegía: J. RUIZ PEÑA.-Nocturno en el mar: ISABEL TALLAFIGO.-El Otoño del poeta: (continuación) P. MONTERO GALVACHE.-Bibliografía.-Notas.

Número 2-3

Julio-Agosto 1936

HOMENAJE A GARCILASO



CAUCES

REVISTA LITERARIA

JEREZ

EDITADA POR:

Ayuntamiento de Madrid

FRANCISCO MONTERO GALVACHE
JOSÉ M. HERNÁNDEZ-RUBIO
PEDRO MONTERO GALVACHE

NUEVA INDUSTRIA JEREZANA

Fábrica de Cápsulas y Tubos Metálicos "SAN PEDRO"

CHACON y Compañía

Primera Fábrica Andaluza de Productos de Plomo y
Estaño, montada con los adelantos más modernos de
la técnica. - - - - -

Fábrica y Oficinas: Méndez Núñez, 8.-T. 1928

K R L O ★ FOTO ★ LARGA, 47

MANUEL FERNANDEZ Y C.^A, S. L.

ESPECIALIDADES: AMONTILLADO VICTORIA :: COÑAC PLUS ULTRA
JEREZ QUINA DEL RAMO

JEREZ DE LA FRONTERA

**GOZALEZ
BYASS
JEREZ**



TIO PEPE

Sol de Andalucia embotellado.

NUEVA INDUSTRIA JEREZANA

Fábrica de Cápsulas y Tubos Metálicos "SAN PEDRO"

CHACON y Compañía

Primera Fábrica Andaluza de Productos de Plomo y
Estaño, montada con los adelantos más modernos de
la técnica. - - - - -

Fábrica y Oficinas: Méndez Núñez, 8.-T. 1928

K R L O ★ FOTO ★ LARGA, 47

MANUEL FERNANDEZ Y C.^A, S. L.

ESPECIALIDADES: AMONTILLADO VICTORIA :-: COÑAC PLUS ULTRA
JEREZ QUINA DEL RAMO

JEREZ DE LA FRONTERA

DEDICATORIA

...Y en cuanto esto se canta
Escucha tú el cantar de mis pastores.

9. GARCILASO.-(EGLOGA I.)

1936 nos ha ofrecido ya una espléndida ocasión de celebrar el nacimiento de aquel supremo artista que interpretó nuestros sueños ideales, en la maravillosa cadencia única de sus Rimas. A Gustavo Adolfo Bécquer se le ha recordado con júbilo en su primer centenario; nosotros celebramos también, antes de surgir a esta vida literaria, en la intimidad de nuestras horas, la inspiración del excelso poeta.

1936 nos brinda un nuevo motivo de exaltación de nuestros valores: en Octubre hará cuatro siglos que murió en las cercanías de Fréjus, Garcilaso de la Vega.

Adaptó, con la genialidad de su verbo, a la lírica española, los latidos nuevos del metro italiano, temblorosos aún en la manera indecisa de Boscán Almogáver; creó la lira, y ya realizado lo que, en definitiva, no era sino el alborear de su obra, que no tiene más que una página blanca y una fecha: 14 de Octubre de 1536, como dice en este número recordatorio José María Pemán, soñó hondamente el crepúsculo de su vida ante los muros de la fortaleza de Muey.

CAUCES dedica este número al inmortal poeta toledano, para buscar en su Obra la semilla que nos sirva de aliento y estímulo en esta tarea de siembra espiritual.

Soneto X

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios quería!
Juntas estáis en la memoria mía,
Y con ella en mi muerte conjuradas.

¿Quién me dijere, cuando en las pasadas
Horas en tanto bien por vos me vía,
Que me habíades de ser en algún día
Con tan grave dolor representadas?

Pues en un hora junto me llevastes
Todo el bien que por términos me distes
Llevadme junto el mal que me dejastes.

Si no, sospecharé que me pusistes
En tantos bienes, porque deseastes
Verme morir entre memorias tristes.

¡Ay, cuánto me engañaba!
¡Ay, cuán diferente era
y cuán de otra manera
lo que en tu falso pecho se escondía!
Bien claro con su voz me lo decía
la siniestra corneja repitiendo
la desventura mía.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Cuántas veces, durmiendo en la floresta,
reputándolo yo por desvarío,
ví mi mal entre sueños, desdichado.
Soñaba que en el tiempo del estío
llevaba, por pasar allí la siesta,
a beber en el Tajo mi ganado;
y después de llegado,
sin saber de cuál arte,
por desusada parte
y por nuevo camino el agua se iba;
ardiendo ya con la calor estiva,
el curso, enajenado, iba siguiendo
del agua fugitiva.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Tu dulce habla ¿en cuya oreja suena?
Tus claros ojos ¿a quién los volviste?
¿Por quién tan sin respeto me trocaste?
Tu quebrantada fe ¿dó la pusiste?
¿Cuál es el cuello que, como en cadena,
de tus hermosos brazos anudaste?
No hay corazón que baste,
aunque fuese de piedra,
viendo mi amada hiedra,
de mí arrancada, en otro muro asida,
y mi parra en otro olmo entretejida,
que no se esté con llanto deshaciendo
hasta acabar la vida.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

(SALICIO. - EGLOGA I).

Glosas del redentor de la Poesía

EL OTRO CENTENARIO

- 1.- El 14 de octubre hará cuatro siglos que murió Garcilasso de la Vega, de resultas de una pedrada que recibió en el asalto de la torre de Muey, en Provenza. Tenía 33 años: y ellos tan prometedores y lozanos, que no acierto a considerar este año de 1936 como centenario de su muerte... Más bien centenario de su nacimiento: de su segundo nacimiento a una nueva vida y una nueva tarea de sueños y luces, que habrá redondeado aquellos ensayos de sus églogas y canciones, con los que se preparaba y adiestraba para su Obra.
- 2.- Porque Garcilasso dejó la vida sin haber hecho su Obra. Antes de hacerla había que precederla de una honrada labor de artesanía. Había que crear el instrumento poético que requería la nueva sensibilidad renacentista; había que sacar el lenguaje y la Poesía de la Edad Media. Mucha era la tarea, pero Garcilasso se puso a ella con afanes de buen artesano: aclimató definitivamente el endecasílabo, aceitándole las junturas que todavía chirriaban en manos de Boscán; dió definitiva flexibilidad al *terceto* y a la *octava rima*; acertó cuatro o cinco veces, de lleno, en la diana difícil del *soneto*; fijó la *lira*; tanteó el verso libre; creó un nuevo vocabulario; reelaboró, con escrupulosa escolaridad, todos los lugares poéticos de Teócrito, Virgilio, Sannázaro. Hizo todo esto con escrupulosidad ejemplar y artesana, y al mismo tiempo con afanosa prisa, como pensando en la Obra futura... Y al fin, cuando ya tenía preparado su nuevo y sutilísimo instrumental, cuando tenía suficientemente ágil el verbo y elástica la metáfora, le dieron en la frente la fatal pedrada de la torre de Muey.
- 3.- Tenía 33 años: edad de redentor. El lo fué, en efecto, de la Poesía española. La redimió de medievalismo, de didactismo, de dureza. Pero, como todo redentor, trabajó generosa e inevitablemente para los demás. Dejó listo y en punto el instrumento para que lo aprovecharan Fray Luis, San Juan y Herrera. Murió millonario sin haber apenas gozado sus riquezas. Todos tuvieron en sus particiones succulentas hijuelas: San Juan y Fray Luis, la *lira*, redonda y pulida; Herrera, la canción, ya con su talle exacto; Jáuregui, el verso libre ya adiestrado para la perfección serena de la *Aminta*. Murió en cruz, por todos los poetas, a los treinta y tres años.

4.- Entre los surcos de azada, rectos como hasta entonces ningunos otros, de sus endecasílabos, corren canalillos de llanto. Lloraba la vida que se le iba para todos y no para él; lloraba su Obra que se le quedaba sin hacer. Un exámen detenido de sus versos nos señalaría aquí y allí, los vestigios de su melancolía de redentor. Así en la *Elegía segunda*, aquellos deseos de abandonar el ajeteo de la vida militar y cortesana; aquella envidia de la pacífica soledad creadora de su amigo Boscan; así aquella maldición de la bella *Canción cuarta*.

...Y maldigo las horas y momentos
gastados mal en libres pensamientos.

5.- Herrera y el Brocense se dedicaron, con hambre académica, a subrayar todos los pasajes de Garcilasso que reelaboran textos de Teócrito, de Virgilio, de Sannázaro. Algunos se escandalizaron. Al contrario: para cada reelaboración, nuestra gratitud. El tenía que hacer pasar por su redoma toda la poesía antigua, para crear la nueva. Y lo hizo con paciencia y sabiduría inigualadas. Le dió a la Poesía española cientos de apoyaturas y pivotes de tradición. La sembró, todo a lo largo, de postes de socorro y campos de aterrizaje que den seguridad a sus más altos vuelos...

Tuvo conciencia de su posición cronológica, crucial e intermedia, en los umbrales de la Edad Moderna. Tendió una mano al pasado para poder tender la otra al futuro: así, en cruz; otra vez postura de redentor. Hizo morir en él cientos de tópicos y metáforas para que de él renacieran con nueva juventud. Se sacrificó casi hasta parecer un plagio genial, para que nosotros podamos ahora parecer originales.

6.- Pero convendría ahora hacer la labor inversa de la de Herrera y el Brocense. Buscar aquí y allí, por los intersticios que quedan entre sus reelaboraciones catalogadas, los vislumbres y destellos de su Obra no hecha, de su Poema futuro y no cantado... del que no tiene más que una cuartilla blanca y una fecha inicial: 14 de octubre de 1536. Fecha del nacimiento del Garcilasso maduro y triunfante cuyo centenario ideal celebramos.

Así en la égloga primera entre aquel maravilloso mosaico de clásicas reproducciones, rompe de pronto el ímpetu españolísimo de aquel sueño en que Salicio ve representado su insatisfecho amor por Galatea. El pastor sueña ir a beber en el Tajo; pero cuando acerca sus labios, el agua se le retira «por desusada parte» y él corre, por la orilla, «enajenado», siguiendo el curso del agua fugitiva. Ímpetu español, metáfora ardiente y toledana, pasión sincera: anticipo de la Obra que iba a empezar a escribir el 14 de octubre de 1536, cuando ya había acabado su honrada tarea preliminar. Y lo mismo aquellas estancias de la *Canción cuarta*, cuando su «desatinado pensamiento» lo toma por los cabellos y lo arrastra por peñas y matas, «bañando de mi sangre la carrera». Y lo mismo la perfecta estrofa de la *Canción primera*, con la invocación de ultratumba:

Divina Elisa, pues agora el cielo
con inmortales pies pisas y mides...

¡Angustia española de los muertos concretos, bien puestos en sus pies sobre las nubes, mezcladas todavía en sus amores y asuntos terrenos!: apariciones de la *Medea* de Séneca; «Sombras» de *El caballero de Olmedo*; estatuas parlantes del Tenorio...

Toda la antología de Garcilasso, perfecta de técnica y de paciencia, está surcada por subterráneos temblores y ruidos que anuncian la germinación de la Obra ideal, para la que 1936, no es año de muerte sino de nacimiento y de vida. Los eruditos celebrarán copiosamente la conmemoración mortuoria de Garcilasso de la Vega... Nosotros, los poetas, celebremos en la infinita libertad del sueño, el otro centenario.

JOSÉ M.^a PEMÁN

Garcilaso de la Vega

Como caballero, fué modelo de gentil elegancia y bizarria; como soldado, culminó en el heroísmo, derramando su sangre en todos los campos de Europa, testigos en aquel siglo del poder y el valor de los españoles; como poeta, es el excelso vate grávido de luz y armonía, hábil orfebre del idioma, con el sello genial del artista que engarza las perlas recogidas en el vergel de Italia, entonces emporio de las artes y las letras.

Garcilaso vió la primera luz en la imperial Toledo, y en el próximo Octubre se cumplirán cuatro siglos que expiró en Niza, víctima de su arrojo, combatiendo por la España inmortal de Carlos V.

Su padre, don García, desempeñó un papel importante en la época de los Reyes Católicos, y su madre, doña Sancha, poseía el señorío de Batres, contando entre sus ascendientes paternos al ilustre marqués de Santillana, hermano de su abuela doña Elvira, que adoptó el apellido de su madre, Lasso de la Vega, que el padre de nuestro poeta prefirió también al suyo de Suárez de Figueroa.

La educación de Garcilaso fué esmeradísima. Tal vez como Moisés, en la corte de Faraón, creció y estudió en la del nieto de la gran Isabel, aunque no se sabe de fijo; lo que sí consta es que a los diez y siete años entró a formar parte de la casa del emperador. Quizás se adiestrara en la escuela de pajes, tal vez llegó adornado de todos los conocimientos que avaloran a un perfecto caballero; lo cierto es, que ya entonces «sobresalía Garcilaso entre los mancebos nobles de la guardia imperial por su gallarda presencia, cultivado talento y serenidad en el peligro», según opinión de sus biógrafos. Efectivamente, su cultura y erudición sobrepasaban a la de la generalidad de sus contemporáneos, ya que sabía griego, latín, italiano y francés; era buen músico, notable espadachín, en una palabra: podía citársele como espejo acabado de caballeros y cortesanos, para brillar en primera línea junto a las gradas de un trono.

No había cumplido veinte años, cuando dió pruebas de su valor combatiendo a los comuneros de Olías y poco después era herido en la defensa de Rodas (1522).

Al año siguiente se dirige contra Francia el ardor de nuestro poeta, que se destaca en Fuenterrabía, mereciendo sus servicios el honor de ser nombrado gentilhomme.

En aquella época de luchas y gloria se vivía muy de prisa, y el amor exigía su parte en unas existencias que gozaban de la vida sin hacer mucho aprecio de ella.

Por eso se casa a los veintitrés años con doña Elena de Zúñiga, dama de la hermana del emperador, boda que si bien pudo ser obra de Cupido, también es posible fuese amaño de los príncipes, en cuya corte representaban los dos jóvenes tan importante papel, porque ¡ay! me parece que este héroe poeta no se distinguió por su fidelidad. ¿Cosumbres de la época? Esa sería la única disculpa, si tenemos en cuenta el mal ejemplo dado por el propio emperador.

Soldado unas veces, y cortesano otras, forma parte como tal del séquito que acompaña a Francia a la emperatriz. Pero bien pronto deja los brocados del palacio por la coraza del guerrero y en la campaña contra Florencia se distingue una vez más.

Viena tiembla ante las huestes de Solimán y Europa siente la angustia del gran peligro que le amenaza. El César, cuyo cetro se apoya sobre dos mundos, hace un llamamiento a la nobleza española. Esta responde acudiendo con presteza en defensa de la cristianidad. Entre los primeros, marcha Garcilaso, satisfecho de viajar en la compañía de su pariente y amigo el duque de Alba.

Pero un hado adverso le detiene. Una orden terminante del emperador no le deja pasar de Tolosa, porque el poeta cortesano ha incurrido en el augusto desagrado de Carlos V.

¡Quién ni por qué se habría metido el favorito de las Musas en arreglar una boda por muy sobrino suyo que fuera el novio, si el soberano se oponía a ello!

Sin embargo, Garcilaso no se resigna con el castigo imperial, ya que tiene por valedor personaje tan importante como el duque de Alba, el cual, como en otro tiempo hiciera Ruiz Díaz de Vivar, se impone al emperador sin ruegos ni amenazas, pero en actitud digna y enérgica escribe a la emperatriz manifestándole que si no era puesto en libertad Garcilaso tampoco él acudiría al apremiante llamamiento de su augusto esposo.

Este gesto altivo les permite continuar su ruta. Pero el hijo de Felipe el Hermoso no depone su enojo, y cuando los dos caballeros españoles llegan al cuartel imperial, el soberano envía al poeta arrestado a una isla del Danubio.

Dulces cadenas debieron ser las suyas, cuando siente la belleza del paisaje y en un arranque de inspiración escribe una canción al «Danubio, río divino».

Tres meses mora en sus riberas, al cabo de los cuales es perdonado, pero con una severa condición: o retirarse a un convento, o ir a servir a Nápoles bajo las órdenes del virrey don Pedro de Toledo. Garcilaso opta por lo segundo y pletórico de vida e ilusiones vive en la ciudad del Vesubio bajo la euforia radiosa de aquel cielo, contagiado del ambiente licencioso del Renacimiento, entregado a la poesía y a los amorios. No obstante hemos de decir que las «delicias de Capua» no atrofiaron su celo en el servicio de la Patria, siendo empleado en varias comisiones y enviado por dos veces a España para asuntos de alto interés.

Su carrera militar no ha terminado, y en escala de gloria le tiende la jornada de Túnez, en la que descuella por su valor sin rival. Cercado por numerosos enemigos se defiende como un león, pero sucumbiendo al número hubiese caído prisionero como el gran Miguel de Cervantes, a no acudir en su auxilio el italiano Federico Carrafa.

Allí convalece de sus heridas, y cautivo del amor olvida sus deberes para seguir a una hermosa dama, con la que vuelve a Nápoles, donde podemos suponer la conociera años atrás cuando como Lamartine templaba su lira junto al mar de Sorrento.

Pero como don Juan de Austria, nunca sacrificó a Eros sus obligaciones con Marte, y pronto a seguir el bélico clarín rompe los suaves lazos con que le retenía la bella, no bien fué declarada la guerra a Francia.

Con tal motivo es nombrado Garcilaso maestro de campo de un tercio y enviado a la expedición de Provenza. Era el 27 de Septiembre de 1536, las tropas imperiales se dirigían a Niza cuando se ven sorprendidas por el nutrido fuego que le hacen desde la pequeña fortaleza de Muey, cerca de Frejus. El enemigo no era numeroso pero la posición tan formidable que permite a unos cincuenta arcabuceros franceses hacer frente al ejército que llevó sus invictas banderas desde Flandes a Milán.

El emperador no sufre atrevimientos tales, y ordena batir la torre con dos piezas de artillería que no consiguen rendir a sus defensores. Ante este obstáculo, el valor de Garcilaso se agiganta y temerario e impetuoso se lanza por una escala sin detenerse a poner coraza ni casco; sólo la espada le defiende y la rodela le protege; pero los adversarios, en un plano superior, se aprovechan de su ventaja dejando caer una enorme piedra, que chocando con la rodela del maestro de campo le hiere en la cabeza haciéndole caer de espaldas al foso, donde le recogen varios caballeros, entre los que se encuentra el futuro San Francisco de Borja.

La noticia de esta desgracia enfurece al emperador de tal modo, que contra su habitual benignidad con los vencidos ordena arrasar la fortaleza y ahorcar a sus ocupantes, demostrando la alta estima en que tenía a Garcilaso.

Este, en gravísimo estado, es llevado a Niza, donde muere al cabo de diez y ocho días, asistido con verdadero cariño por aquel marqués de Lombay que todavía no había contemplado desfigurado por la muerte el bello rostro inmortalizado por Tiziano y como

nos dice Cienfuegos en su «Vida» hizo con él finezas de amigo y oficios de cristiano. El guerrero ha muerto, y la historia le eleva sobre el pavés de su heroísmo. En su noble solar queda una esposa desolada que llora su viudez entre tres criaturas pequeñas. De estos hijos de Garcilaso, el mayor, llamado como su padre, y como él bizarro, muere a los veinticinco años peleando también contra los franceses; Pedro, el segundo, abraza la vida religiosa, y doña Sancha, la menor, casa con don Antonio Portocarrero, uno de los que recogieron a su padre herido.

También deja un bastardo, Lorenzo, que dado a la poesía, escribe una sátira que le vale un destierro y camino de él muere.

Ahora queda la obra del poeta, esa obra que le abre las puertas áureas de la inmortalidad. Son muchos los que se han ocupado de ella y sus juicios siempre respetables difieren en varios puntos.

A no ser por Boscán, ese amigo del alma a quien visita cuantas veces viene a España y con quien mantiene íntima correspondencia hasta el extremo de detenerse en Vacluse para dirigirle la epístola «do nació el claro fuego de Petrarca», y a quien indujo a traducir «El cortesano», se hubiesen perdido gran parte de las composiciones de tan preclaro ingenio. Son éstas: tres églogas, dos elegías, cinco canciones, una epístola y treinta y ocho sonetos, sin contar un villancico, versos italianos y latinos, una carta-prólogo en prosa para «El Cortesano» y otra carta dirigida al emperador.

Obra abundante, si tenemos en cuenta la corta vida del autor, sus ocupaciones en la corte y sus deberes de soldado que le obligan a viajar y combatir casi incesantemente. Lo que le hace decir: «tomando ora la pluma, ora la espada» sin que una ocupación influya en la otra, ya que sus poesías cuando no retozan por campos y florestas entre pastores y zagalas, vuelven la vista a los clásicos griegos y latinos y casi nunca buscan la compañía de Clio ni de Caliope.

Esto sugiere la idea a algunos críticos para tacharle de imitador, aunque con «insuperable maestría», pero sin borrar el efecto de la copia, sin asimilársela en la propia individualidad. En descargo suyo, uno de sus biógrafos sugiere—y es muy de tener en cuenta—que es posible no le había llegado el momento de ser original, para lo que aduce el argumento de que Cervantes no escribió su obra cumbre hasta ya entrado en años, y Garcilaso, muerto a los treinta y tres, le faltó espacio para desasirse de los grandes maestros y echarse a volar con sus propias alas.

Garcilaso es un admirable poeta de forma y sentimiento; superior a su amigo Boscán, logró lo que éste no pudo conseguir: españolizar las formas que empleara y aun mejorarlas; porque poseía un raro dominio de la lengua castellana, adaptó maravillosamente el endecasílabo a nuestro idioma. En el soneto, fué asombroso; inspiradísimo, en las canciones; en el terceto, único, y genial, en la oda; fué creador de «la silva».

Sus contemporáneos le admiraron tanto por su talento como por la bondad de su trato; siempre afable y cordial, conquistaba las simpatías y el afecto. Admiración confirmada por Cervantes y Lope de Vega, como por los críticos actuales.

Las ediciones de sus obras han sido numerosas, tanto españolas como algunas italianas editadas en Nápoles y Milán, no faltando en el siglo XVI escritores que queriendo dar orientación religiosa a sus escritos publicaran «Las obras de Boscán y Garcilaso trasladadas en materias cristianas y religiosas» y Juan de Andosilla da a la luz pública «Cristo Nuestro Señor en la Cruz hallado en los versos de Garcilaso».

Cuatro siglos van a fallar de nuevo sobre la labor de este hombre excepcional a quien la naturaleza colmó de todos los dones, espejo de caballeros, ejemplo de soldados, alma de patriotas, águila real en el cielo de la poesía, y si influido por su época fué débil de voluntad para resistir las tentaciones, rescató sus caídas con una muerte cristiana en los brazos de otro cristiano a quien Dios destinaba la aureola inmarcesible de la santidad.

CARMEN CARRIEDO DE RUIZ

Sombras

Isabel Freyre, el más bello amor de Garcilaso

Quien pudiese no quereros
Tanto como vos sabeis
Por holgarme que pagueis
Lo que no han de conoceros
Con lo que no conoceis.

(GARCILASO.-CANCIONES)

Sobre toda la antología de Garcilaso, proyecta su sombra el amor del poeta a Isabel Freyre. Una sombra suave, de tonos esfumados en una vaga y dulce lejanía de ensueño.

Impregnado el corazón de la mansedumbre de la Naturaleza, que tan idealmente reflejó en sus églogas, esta pasión no pudo ser, en el alma de Garcilaso, otro sentimiento que un platonismo apacible y sereno; y en la de Isabel,—gran señora, inasequible y austera—una música arrulladora, a la que ella se apresuró a cerrar los oídos, temerosa, acaso, de que aquel arrullo, manso y constante, al adentrarse demasiado en su castillo interior, encendiera otra pasión más peligrosa.

No es difícil encontrar en la obra del vate toledano, claras alusiones a la impresión que en él producían las situaciones culminantes de la vida de la Freyre.

La Canción primera, empieza con una atrevida metáfora, en la que Garcilaso declara su amor; pide que Isabel le corresponda, y le anuncia el pesar y el remordimiento, que en lo sucesivo han de turbar a la esquivia por la indiferencia que le muestra. En el soneto XXIII, nos deja el retrato de su dama, rebosante de colorido y fresca poética:

En tanto que de rosa y azucena
se muestra la color en vuestro gesto...

Y en el XXV:

Oh hado ejecutivo en mis dolores,
cómo sentí tus leyes rigurosas!

desborda la pena que la muerte de doña Isabel despierta en su espíritu.

Y así, a todo lo largo de las églogas, canciones y sonetos, la misma obsesión, humillante y gloriosa, a un mismo tiempo, jubilosa y melancólica...

Después, convencido de la inutilidad de sus lamentaciones, oculta su pasión bajo la coraza de una altivez llena de aristocrática dignidad.

Isabel Freyre, vino a España en 1526, acompañando a la Infanta de Portugal, doña Isabel de Braganza, prometida del César, Carlos I. Ya entonces, tenía una leyenda dolorosa y galante, como las de aquellas hermosas princesas florentinas, que en los días adolescentes del Renacimiento, fueron la inspiración de los príncipes y artistas de las cortes minúsculas del medioevo italiano.

Sa de Miranda, el gran poeta portugués, decoro y ornato de la fastuosa corte lusitana, había cantado en versos magníficos, «la voz dulce, los ojos claros, el cabello de oro y la insigne cultura y virtud» de la bella dama portuguesa.

Aquellos versos, encendidos de pasión, costaron el destierro a Sa de Miranda, y Dios sabe cuantos dolores a la de Freyre.

Es curioso el hecho de que Garcilaso, tan vehemente en la amistad, tan tierno y sensible en las nobles afecciones del corazón, no dedicara una sola de sus poesías a doña Elena de Zúñiga, con quien contrajo matrimonio hacia 1525, un año antes de la llegada a España de Isabel Freyre. Ni un recuerdo ni una ligera mención.

Todo cuanto se ha dicho acerca de la vida sentimental de Garcilaso, en los años que siguieron inmediatamente a sus bodas, carece de fundamento sólido; solo son meras conjeturas, incapaces de resistir una crítica histórica, formal y detenida.

Únicamente se sabe, a ciencia cierta, que por encima de los lazos que a doña Elena le unían, su pensamiento volaba incesantemente hacia la rubia Celia de Sa de Miranda, a la que llama: «blanca Filomena», «Elisa, vida mía», «Sirena del mar» y otras muchas y bellísimas alegorías.

El casamiento de la Freyre con Alfonso Fonseca, asestó un rudo golpe a las ilusiones del poeta, quien se queja, amargamente, del triste destino de la dama, casada con un hombre, fuera de su condición.

Dura suerte, en efecto, la de aquella mujer, que después de haber sido amada por los dos más grandes poetas de su época, unió su vida a un hombre tosco, a propósito el Gordo y que según Zapata «nunca hizo copla...»!

A partir de este punto, la musa de Garcilaso se tiñe de una melancolía infinita. Tiembla en sus cuerdas, estremecidas de nostalgia, un anhelo hondo, inasequible, de goce siempre perseguido y nunca logrado... Quizás los balbuceos iniciales de la gran obra que hubiera realizado, una vez consumada la excelsa tarea de renovación de la poesía española, si la muerte no hubiese tronchado, tan en flor, aquella existencia...

Vivía a la sazón, en Nápoles, desempeñando un alto cargo en la guardia del Virrey D. Pedro de Toledo, su íntimo amigo y confidente.

Gustaba el virrey, —muy dado a las artes, y a las letras de modo especialísimo— rodearse de la brillante pléyade de humanistas, que en aquellos años hacían de la ciudad napolitana, sol de primera magnitud en el cielo del Renacimiento italiano; y entre aquellos ilustres latinistas—basta evocar al erudito Scipione Capece, a fray Jerónimo Seripando, más tarde arzobispo de Salerno y cardenal de Santa Susana; al crítico Antonio Minturno; y al feliz traductor de Virgilio y Secretario del consejo imperial, Bernardino Martirano— alcanzó Garcilaso extraordinarias consideración y simpatías.

Ni estos triunfos literarios, ni sus hazañas guerreras, que tan espléndido porvenir le auguraban, ni sus fáciles victorias galantes, conseguían desterrar de su ánimo la terca pasión que a Isabel de Freyre le arrastraba.

Todos sus trabajos de esta época, hablan de esa tenacidad. Sin embargo,— admirador de la Naturaleza y amorador de la vida—Garcilaso no da a sus reproches el tono sombrío, el tético acento de fúnebre desesperación, que caracteriza, en estos casos, a los inadaptados.

Sus quejas están ungidas de la mansedumbre de los campos, de la suavidad de los aromas silvestres, de la cadenciosa musicalidad, que él sorprendía en el apacible platicar de ninfas y pastores, recatados en las umbrosidades de las selvas.

En 1534, Garcilaso, abandona, temporalmente, el virreinato de Nápoles, para despachar en España, cerca del Emperador, cierta delicada misión, que a su genio político, y a su sagacidad diplomática confiara don Pedro de Toledo.

Acababa de morir Isabel de Freyre, todavía en el otoño maduro de su hermosura, y el poeta, al visitar la tumba de la dama, da rienda suelta a toda la grandeza de su pasión, y escribe aquel soneto, que los críticos han juzgado el más perfecto y sentido de todos los suyos, la piedra angular y maestra de su obra:

Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería...

No faltan más que dos años, para que al escalar los muros, pardos de siglos, de la fortaleza de Muey, se enfrente Garcilaso, cara a cara, con la Eternidad; y tal vez, presintiendo cercana aquella jornada, su sensibilidad se agudizara, hasta trascender el milagro de su ternura... También el cisne canta más dulcemente cuando se sabe morir. Asombra pensar, a qué grados de majestuosidad, hubiese ascendido la poesía de Garcilaso, de haber sido la Vida más pródiga con él, y de no haber permanecido arcano, el corazón de la Freyre, para el suyo. Tengo para mí, que su talento y su fina percepción, hubieran rebasado, en mucho, la grandiosidad de los trenos desgarrados de Petrarca, y aun la idealidad sublime de Dante.

PEDRO MONTERO GALVACHE

Codicia divina

I

Con todo el aroma de este parque, haría yo mi mejor poema; que poesía es un pensamiento perfumado de luz y diáfana alegría; como la sonrisa del niño satisfecho al descubrir el vientre del caballo de cartón; como el abrirse del capullo para hacerse abanico de corolas; como el voluntario resbalar de colinas de espumas sobre el valle azul del mar, cuya indolencia, produce la risa noble del poeta.

¡Ay, con todo el aroma de este parque, haría yo único peciolo donde dejaría preso, incomparable brocado de algas y espumas!
¡Y sería mi mejor poema!

Nostalgia

II

Tan frágil el ala de la aurora, que se partía al rozar mis párpados que habían pasado la noche arrullando el amor que tú me dieras.

¿Te acuerdas?

Toda la noche te llevaste serenando besos con el terciopelo de tus labios de un alinde perfecto.

Hoy, cuando sólo me queda de tí el perfume de un contacto siempre nuevo y solo mío, ¡qué distintas las horas del alba, empeñado en que cuanto me rodea, sienta tu ausencia!

¡Todo tiene una nota gastada, un gesto frívolo que se obstina en mortificarme!

Evo...

III

Como la flor de trébol estrangulada en la página de un libro, huele el rizo que me dieras una tarde.

¡La tarde aquella que todo me lo hubieras dado, de no haber surgido la protesta de una lágrima, en cuya redondez transparente, ví la placidez toda de una debilidad consagrada!

Otra vez está el rizo guardando el perfume de tu imposible, ya sin voluntad de otro día.

F. INFANTES FLORIDO

Tríptico emocional de Garcilaso de la Vega

1

Paisaje

En Garcilaso, el campo es ansiosamente amplio y encendido. Todo el color, henchido de reflejos, que ilumina las sendas y las corrientes rumorosas de las aguas, vive y palpita en el alma del poeta, con una palpitación nueva y espléndida, como entraña de amanecer que se hace eterno en sus temblores. Es una dulce visión de llamadas; suena en los objetos—árboles, tierra o cielo—la vibración honda y prolongada de su espíritu, perdido en lo azul, y parece que arranca una música celestial que primero se arrastra temblorosa sobre el suelo y más tarde levanta un vuelo de alas impalpables, encendiéndolo todo dentro de la sangre: ebria de sueño y alba.

Entonces, el instante se transforma en una cinta de oro, y da la impresión de estarse fundiendo la mirada en la absoluta certeza de la imagen. Se presiente cómo va a cantar Garcilaso; resuena en el pecho su voz luminosa y más bien parece que tenuamente, como un alborear de coros en el río, duermen las almas en la lejanía del paisaje, perdidas en una ensoñación de noches abiertas a lo azul. Así, en la Elegía II, dedicada a Boscán:

Tú, que en la patria entre quien bien te quiere,
la deleitosa playa estás mirando,
y oyendo el son del mar que en ella hiere.

Blanca y excelsa, la vista del poeta catalán estaría hundida en la playa, herida de sonos y murmullos, ebria de sol,alzada en la plenitud gozosa del ritmo de Garcilaso, casi hecho un blando sonar de arpa y vihuela.

Fué tarea de gigante la suya: levantar sobre las piedras toscas e inseguras de nuestra lírica, la fortaleza de una Poesía renovada y amplia que fuese marcha y compás de los poetas venideros; alzar en medio del llano de nuestra superficialidad, los alcores en que pudiesen estar seguros todos los sueños y todas las ansias; dar a esos alcores un hálito fuerte y rumoroso de montañas, para que, al pasar el tiempo, pudiésemos sentir la emoción del paisaje—ese paisaje sereno de égloga—dentro de nuestra propia vida: Garcilaso enlazó dos épocas, con sólo dar a la segunda la intensa sinfonía de los metros italianos.

Pese a las críticas torcidas y mal intencionadas con que su época zahirió el preludio de su obra, el fondo bucólico del gran orientador de la lírica castellana, resplandece a cada lectura, y canta, con irisaciones de verdadera creación, su belleza dulce y dormida, extática a fuerza de ritmo y movimiento; que eso fué Garcilaso: la quietud inalterable de todo lo que giró ante sus ojos.

Llama a las ninfas que habitan en «moradas de piedras sostenidas por columnas de vidrio», y les dice que «levanten las rubias cabezas para oír su llanto».

Soledad de la isla en que sufre la amargura de la libertad perdida, cuando le destierra Carlos V para que lamente sus errores; y en ella se hace más altiva su recia sangre de guerrero.

Así, en la Canción III:

¿Y al fin de tal jornada
presumen espantarme?
Sepan que yo no puedo
morir sino sin miedo...

el poeta, lleno de brisa y cielo, elevado en el éxtasis de la naturaleza que lo arrulla con sus voces de agua y con silencios de campo, viento, clamor y malezas, vuelve, con esa diversidad de su carácter rebelde y sumiso, caído y altivo, blando y recio, a confirmarnos en la afirmación que hiciera Adolfo de Castro: «aquel ánimo no parecía apto en los trances de guerra para los sentimientos delicados, ni en las delicias del Amor apto para los trabajos de la guerra». Todo el aire que enciende de clamor azul la paz augusta y sencilla de los campos, tiene en él una dulce visión de llamadas: de lo Alto, como suelen ser las grandes llamadas que, momentáneamente, desligan de la tierra para hacernos soñar en un vuelo de alas impalpables y gozosas, blancas, dulcemente iluminadas de azul.

2

Muerte

Cuando iniciaba la vida su salmodia fuerte y alta, el sueño negro de la Eternidad consumió las pupilas de sus ojos en la plena emoción de su camino. Hubo en la muerte de Garcilaso, rumor de oquedades bajo el cielo encendido de Provenza; golpe recio y sonoro de armadura caída en el vuelo ascensional de los afares rotos, y tejer de cánticos azules en el coro de las ninfas que iluminaron su sueño interior, sobre las aguas de los ríos.

¡Quién sabe si antes de dormir su presagio de muerte en los brazos de Francisco de Borja, todo él habíase hecho alma de su propio destino, trágico y cruel! No es hora de dar cuenta en estos responsos cantados ante el túmulo del poeta, de sus luchas interiores, de sus quebrantos, de las grandes caídas de su espíritu: inconstante, como todo espíritu de artista; alzado en un vuelo altísimo de gloriosa poesía y hundido entre las zarzas de un amor íntimo e imposible.

Es hora de recordarlo: dulcemente, sin que nada pueda turbar el sueño hondo que nos grabó en el pecho. Recordarlo, como una divinización de nuestras propias amarguras, ante la humana mueca de indiferencia con que la gente parece no comprender lo alto y luminoso. Soñó un sueño de lejanía, desprovista de for-

ma en la idealidad de la imagen; con esa lejanía que enciende los sentidos de Salicio, cuando en la Egloga II se queja blandamente ante los ojos de Albano:

¡Cuán bienaventurado
aquel puede llamarse
que con la dulce soledad se abrasa...

¡Qué ventura, Señor, en esa hora en que la vida tiene sabor de sangre en nuestra lengua! Huir, entonces, de «todo lo que al alma impide y embaraza», con el pecho transido de dolor humano; con la carne abrasada en los rumores ardientes de Tus voces suaves, gozosas, como voces de ángeles tejidas en hilos de oro, y gozar nuevamente la vida finita en la infinitud de Tus llamadas. Ir dulcemente por las riberas de los ríos, sobre la paz de los llanos, alzadas las plantas heridas en las peñas de los montes para comulgar la hostia sangrienta de la tarde y sentirla girar en el murmullo de nuestros labios, y morir, con el sabor de Tu sangre que todo lo diviniza, en la fortaleza de la Cruz. Una torre de Muey, crucificada en todos los senderos; y que el sueño encendido del Afán de los afanes sea la piedra que ahogue, a fuerza de caer en la frente de nuestra ignorancia, el pensamiento negro de los ojos: que apagadas las llamas, el rescoldo de la vida será dulce y alado como una canción de amanecer.

Quiero creer que Garcilaso murió de un alto sueño no presentido hasta entonces: el de hacernos soñar a los demás con la celeste unción de sus caminos. Como Salicio, esperemos la hora de nuestra divina pedrada «a la sombra de un alto pino o roble», y pensemos hondamente, con la hondura luminosa de estas llamas en que la vida transitoria se consume, que el frío negro de la Eternidad heló las pupilas de Garcilaso—amplio, amante, cortesano y pulsador de arpa—en el instante en que la Gloria comenzaba a ofrecerle su salmodia fuerte y alta.

3

A m o r

Fué la sombra áurea de Isabel de Freyre, como una dulce llama inextinguible en el pecho del poeta toledano. Una llama lenta y templada, que a veces subía iluminándole la negrura del pensamiento, y en ocasiones caía desmayada, casi sin ritmo, sumida en la suave recordación de un rescoldo grato y hondo. Garcilaso de la Vega sintió, como Sa de Miranda, una pasión elevadísima y secreta por la bella dama de Isabel de Portugal. Una de esas pasiones que dan alma y vida a las imaginaciones sentimentales; porque la Freyre fué sólo eso: deseo que a fuerza de insatisfacción se hizo, ya dentro del alma, pensamiento altivo y dulcísimo; luz emocionada en las abiertas y claras sendas del artista; aire, caricia, mano de alba y claridad de cielo.

Simboliza este gran amor —tronchado por la muda indiferencia de la amada, cuyos cabellos «Vían con desprecio al oro, como menor tesoro»—lo luminoso de la exaltación sentimental. Vibra primero en la oquedad del alma, el chasquido de la llama que va a consumir todas las emociones del poeta en un íntimo auto de Fe. Surge enseguida el resplandor, intenso y dichoso como una tarde

henchida de olores en la sombra del ramaje alto y apretado, erguido sobre una senda horadada de rayos de sol. Y entonces la entrega, la consagración, el idilio: amplio, radiante y glorioso. Pero esa lengua de oro, blanda y llameante, con todo el resplandor de la propia vida consumida entre los ojos de Isabel de Freyre, sólo encuentra el contacto frío de la indiferencia, y entonces, caída, plena de luz crepuscular, casi parece que va a extinguirse en un rescoldo infinito de íntima unción, de recogimiento ideal. En las altas sendas del Amor, ¿no es ésto amar? Tal vez existieran dos momentos en su manera augusta de concebir el amor: primero, el atractivo de la belleza material y después, alejada la posibilidad de su logro, el momento reflexivo en que Garcilaso, viajero incansable, llega a comprender la verdad exacta: Isabel de Freyre, perdida como una sombra en el idealismo de su vida militar y romancesca.

Desgajó de la carne todo lo que el amor tiene de esencia inmutable y divina, de hálito de Dios que nos llega como un soplo bendito de aurora, de espíritu y ensueño: es decir, el pensamiento. Y ya sí; ya podía tranquilamente cantar sus impresiones fuera del amor oficial: que el poeta pecó de infidelidad aunque sólo en la clara mansión del alma porque, al parecer, es lo cierto que Elena de Zúñiga no pudo evitar la emoción honda y conmovida que la Freyre produjo siempre en el ánimo de Garcilaso, hecho a la ensoñación y no al realismo, abierto a la esperanza y no sometido a las fronteras amargas de una pasión previamente amañada en saraos palaciegos.

Todo esto: esencia, espíritu, desilusión, pensamiento, es el amor en nuestro poeta esclarecido, cantor del paisaje y de la muerte presentida, como aparición violenta en la Fortaleza de Muey.

Un amor tan alto que tiene vibración hasta en la tierra santa y silenciosa que cubrió los restos de la bella dama:

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería...

Así: como una plegaria de arrepentimiento alzada a lo divino del amor, ya caído en la agonía de un crepúsculo sin alma, extático, soñado y lleno de brisas.

FRANCISCO MONTERO GALVACHE

En nuestro próximo número publicaremos la crítica del libro "Jerez - Xerez - Sherry", de D. Manuel González Gordon. Este trabajo ha sido expresamente escrito por D. Manuel Chacón Sánchez, para CAUCES.

El Trigo

El trigo, dulce mapa,
o columna tendida.
O aquí, sobre la frente,
claro cielo que vuela.

El trigo, activa fábula,
o callada presencia:
horizonte o nostalgia
que hiere mientras gufa.

Va, viene, se levanta,
acrecentando vientos,
enarcando su lomo
para lecho de pájaros.

Desplegando su inquieta
bandera, su delgado
volumen, por el aire,
para morder más hondo.

El trigo, dulce mapa,
o columna tendida.
O aquí, dentro del pecho,
negro cielo que gime.

P. PÉREZ CLOTET

Río Guadaira

Balanza con dos vientos por platillos,
- este y oeste - volúmenes en rosa,
alfarerías, arábigos lebrillos,

y los encandilados resplandores
de la encendida hipérbole graciosa
que se nutre del aire y de las flores.

¡Qué trébol de tres arcos finge el puente
con sus romanos pétalos de piedra,
que, uno a uno, deshoja la corriente!

¡Narciso melancólico a su modo,
ictérico de líquenes y yedra,
que va empastando nubes sobre el lodo!

El Sol, a la cigüeña, en la espadaña,
¡cómo ofrece las jambas amarillas
de una hospitalidad que nunca engaña!

Tripulando las aguas molineras,
el pez lleva a remolque dos orillas
sobre espectros de flores y palmeras;

y un huerto, sumergido, de limones,
biselado, fluvial, por las riberas,
va esparcido en frutales bodegones.

ADRIANO DEL VALLE

Las siete palabras del fauno

A Adriano del Valle

Tu palabra cambia de color
como el olivo bajo el viento.
(GABRIEL D'ANUNZIO)

Adriano. Con un nombre romano
eres el griego Pan.
La flauta está en tu mano
y las Ninfas están
ansiosas de escuchar, en la floresta,
tu voz... (Con tu cantar,
su epilepsia de luz duerme el mar en la siesta
y aves y velas blancas se duermen sobre el mar...)

Tu raza es de Vasconia...
Noble es tu testa erguida
de ágil remero fuerte...
¡Felices los navíos que llevan tal colonia
bogando por la Vida
para alcanzar las playas de la Muerte!

El mar queda extasiado
de oír tu voz ardiente
brotar, líricamente,
de un caracol en oro cincelado.
(Caracol en tu boca, palacio de Favonio,
garganta que atesora la música del Jonio...)

Eres el pitagórico Boyero
y guías, con tu verso bien labrado,
como estelar bichero,
los pasos de la Osa, en el sendero
que está con tu lirismo iluminado...
(Igual conducirías
tropeles de hipocampos en las alegorías...)

† MANUEL F. LASSO DE LA VEGA

Desolación

A José María Pemán

¡Qué tránsito de muerte,
En la negra morada de mi pecho!
De soñar entre espinas
Ya está rendido mi postrer aliento;
Este aliento, Señor, en la penumbra
Desorientado y yerto;
Este aliento de Cruz y de Calvario,
Que me lleva a los bordes del sendero
Por donde cruzan las estrellas, mudas
En trágico silencio.

Quiero abrirme las venas; ver la sangre
Temblar entre mis dedos;
Y cuando el aire de la Noche fría
Hunda en mi carne su desnudo acero,
Elevarme en las alas silenciosas
Que llevan, entre sombras, a lo Eterno...

¡Qué tránsito de muerte,
En la negra morada de mi pecho!

FRANCISCO MONTERO GALVACHE

Elegía

Espíritu del mal,
En mí, fijo consuelo;
Hondo dolor del alma
Con que alegrar el cuerpo;
Desvanecida sombra
Que al cruzar por mi sueño
Dejó en su triste ámbito
La huella de lo eterno.
O un derribarlo todo
Buscándote por dentro,
Espanto de mis noches
De nerviosos recuerdos.
Embriaguez de mi sangre,
Girar en mi cerebro
De nocturnas visiones,
Luz perdida en el miedo,
Chocar con lo visible,
Temblor entre los huesos.
O iluminados ojos
En su oculto misterio.

JUAN RUIZ PEÑA

Nocturno en el mar

Aunque en el agua mueras,
Canción, no has de quejarte...

GARCILASO. CANCIÓN III

La luna se mira amante, sobre el espejo de plata
de las ondas cadenciosas que en tropel vienen y van,
como la púdica virgen que se mira enamorada
en los ojos refulgentes de su rendido galán.

La luna y el mar, se adoran con románticos amores;
de su dueña fiel esclavo, amador sentimental,
el mar copia en la movable transparencia de sus aguas
la fantástica belleza de la nocturna deidad.

Es sumiso y tierno amante, que en el ara de su diosa
rinde humilde su grandeza; su bravía potestad;
el poder y la realeza de su cetro soberano
y la indómita bravura de su altiva majestad.
Y el murmullo dulce y vago de sus frágiles espumas
que se quiebran silenciosas con un blando suspirar,
es la ofrenda apasionada de sus místicos amores;
es la férvida caricia que desborda en su cantar.
El mar canta; gime; arrulla; balbucea como un niño.
que se aduerme en las dulzuras del regazo maternal,
y es el lírico poeta que en sus cánticos modula
el sentir del alma humana, con su acento pasional.

En abismos ignorados, guarda espléndidos tesoros
que custodian las sirenas en sus grutas de coral;
y los silos donde tejen sus cendales las ondinas
entre rocas de diamantes, son su tálamo nupcial.

Es la hora del silencio; ni el rumor más leve, turba
el encanto de la noche, dulce, serena, estival;
con las velas extendidas, un bajel en lontananza
se vé a merced de la brisa, sobre las olas bogar.
En la tersa superficie del mar tranquilo y riente
las gaviotas, en bandadas, reposan aquí y allá;
y al reflejo de los astros, sobre el fondo azul, semejan
perlas que arrojó una diosa, desgranando su collar.
Todo es quietud y dulzura; todo misterio y poesía;
canta un poema de amores la celeste inmensidad;
vibra grandioso en el éter, el divino epitalamio
de las bodas del amante con la pálida deidad.

Y violando los secretos que las náyades les cuentan,
en la página celeste del espacio sideral,
las Leonidas escriben, con caracteres de estrellas
los románticos amores de la Luna y el mar.

ISABEL TALLAFIGO

El Otoño del poeta

Novela corta por PEDRO MONTERO GALVACHE

(Continuación)

—Sí. Ya lo creo! He pasado en Córdoba mis mejores años. Allí nací; allí me casé; allí vive mi única hija. Figúrese si la conoceré—declaró gravemente, velado el acento por una súbita emoción—; la emoción, quizás, de los recuerdos lejanos, de las alegrías pasadas y los desencuentros.

Con hidalga gentileza, añadió:

—Tendré mucho gusto en servirla de cicerone, señora. Procuraré satisfacer su curiosidad de novelista.

La inglesa sonrió, y montándose las gafas de oro sobre la nariz, respingona y colorada, suspiró:

—Gracias, gracias; no sabe cuanto le agradezco su ofrecimiento. Y conste, que desde ahora, le acepto la palabra...

Hizo una pausa. Sus ojillos grises, sombreados por escasas pestañas, breves y bermejas, miraban más allá de la ventanilla, hacia una era, donde unos jinetes, luciendo chaquetilla corta y sombrero de alas anchas, corrían unos toros lustrosos, ágiles, vivos.

—España!—murmuró, como en sueños, entornando los ojuelos minúsculos—. Ningún otro país ha cultivado, como ella, la quimera. En sus costumbres, en su historia, en sus pueblos, hay una cantera inagotable de inspiración para los escritores que sepan comprenderla.

Javier Benalgar, no creyó oportuno darse a conocer. Tenía interés en pasar desapercibido, y sabía, que si revelaba su personalidad, la inglesa iba a acosarle a interrogaciones, más o menos discretas.

Cambió el rumbo de la plática, hacia temas literarios, sin abandonar el anónimo en que se escudaba. La literata, siguió llevando la voz cantante:

—Es una lástima, que en España, el escritor, y el artista en general, no esté suficientemente protegido. Aquí, debe ser difícil vivir solo de la literatura, ¿verdad?

—En efecto, difícilísimo. Son contados los artistas, que entre nosotros, consiguen vivir exclusivamente del Arte,—asintió Benalgar—. Por ahí, reconozco que somos algo atrasados.

—En Inglaterra, por ejemplo, no ocurre eso. Allí, se aprecia el valor inmenso del Arte, y tanto el Estado como el pueblo, saben defenderlo como es debido. Ese abandono, es una de las principales causas de la decadencia espiritual de las naciones.

—Quien sabe! Sin embargo, V. recordará que las obras geniales del Arte Universal, en todos los órdenes de la Belleza, fueron concebidas precisamente en horas de angustia, de estrechez trágica y desesperante.

La rubia hija de Albion no contestó. Acaso a su espíritu positivista, no seducían las miserias de los grandes intérpretes de la Estética, y convencida de lo vergonzoso de aquel positivismo, en una escritora con ribetes de romántica, optó por enmudecer.

Hablaron luego de los escritores mundiales que se repartían los favores y los aplausos de la fama, y entre aquellos nombres sonó el de Javier Benalgar. Javier sonrió, halagado y enigmático.

—Dicen que vive a lo gran señor—insinuó la inglesa—. Es admirable, es divino. Yo he publicado algunos trabajos críticos acerca de sus producciones, y más de una vez he dicho de él, que es un lord Byron, pero a lo español, con todos los excesos y todas las virtudes caballerescas de su raza. ¿Qué le parece la imagen?

—Muy exacta. Y creo que al interesado le parecerá igual que a mí.

—¿V. habrá leído sus libros, por supuesto?

—Sí, claro... Y hasta he tratado algo al poeta.

Volvió a sonreír, enigmático y halagado. Un rayo de sol llegaba hasta él, y para hurtar las pupilas al incendio molesto, cerró los ojos.

Entonces oyó la vocécita, limpia y argentina, de la novelista, que decía, temblorosa, como si hiciera la confesión de su primer pecado:

—¿Quiere V. darme unas líneas de presentación para él? Cuánto deseo conocerle! Si ajusta sus actos a sus versos, debe ser un hombre encantador. He leído, hace tiempo, en no sé qué novela de Jorge Sand, que el hombre es el animal más hermoso de la Creación. Pero ese juicio se me antoja injusto. Eso podrá decirse de algunos; otros tienen alma, saben querer. Javier abrió los ojos. El rayito de sol, jugueteaba ahora, en las nobles patillas del artillero. Reclinado en un ángulo del coche, el coronel dormía pacíficamente.

El poeta, miró a la escritora. Al hacer la petición de las líneas, se había encendido, si no como una rosa, siquiera como un geráneo.

—Déjeme sus señas, y le enviaré una carta para Javier Benalgar. Es muy amigo mío, y muy galante, como buen español. Le aseguro que le recibirá estupendamente.

Javier cogió la tarjeta que la inglesa le tendía, y la guardó en su cartera.

Otra vez la sonrisa de halago y de misterio, ahora, un poquitín traviesa, vagaba por sus labios pálidos.

Desalado, el tren corría, haciendo retemblar puentes de hierro, cruzando eras, en las que pastaban rebaños eglógicos, dejando a su espalda, bosques, ríos, sembrados, montañas.

III

Bajó en un apeadero pobre y desmantelado. Confió el equipaje al jefe de estación, y salió al camino que llevaba al pueblo.

El sol descendía perezosamente, sobre los riscos de la cordillera; unos riscos que cubrían sus laderas, con tapices de boscajes tupidísimos, y envolvían sus crestas en sudarios de nieve. El enfermo se detuvo un instante, contemplando el espectáculo, deslumbrador y único. A lo lejos, los montes se teñían de ese matiz violeta que los pintores antiguos usaban, para los mantos de las vírgenes, con que decoraban las vidrieras de los castillos feudales y las catedrales góticas. Más cerca de Javier, las colinas, suaves, onduladas, con la gracil ondulación del contorno de una doncella, se escalonaban hasta bajar al fondo del valle.

En la pendiente, por donde el río se despeñaba en saltos de espumas, se agrupaban las casitas de la aldea, todas muy blancas, con la mística blancura de las hostias. Como un cinturón, los olivos, los álamos y las acacias, encerraban el villorrio entre sus brazos frondosos y verdes. En el montículo que dominaba el pueblo, una torre alzaba sus muros durridos, y en medio de las viviendas campesinas, la parroquia se levantaba, altiva y acogedora, con su cruz de hierro y sus campanas.

Una aureola de luz, dorada y gozosa, se cernía sobre el regazo de la vega; y se olía a frutos maduros, a plantas silvestres, a rosas y alhelfes en plena floración.

Por el camino, avanzaba en dirección de Javier, un zagal, conduciendo un hato de cabras.

—Oye, muchacho, ¿quieres decirme hacia donde cae la «Huerta de Lis»?

Quedóse un rato pensativo, dando vueltas, entre sus manos, renegridas y ásperas, al cayado nudoso de roble.

—Al guarda de esa finca, le llaman Gabriel el de Rozalejo. Tú debes saber quién es.

—Ah, sí! Aquí nadie la conoce por Huerta de Lis, ¿sabe V.? Todos le dicen el Palacio.

(Se continuará)

BIBLIOGRAFÍA

ANTOLOGIA PARCIAL DE POETAS ANDALUCES. — (1920-1935) — Selección y prólogo de Alvaro Arauz. — Colección ISLA. Cádiz. — Aun siendo parcial, como dice Alvaro Arauz en el fresco y jugoso prólogo de la obra, está bastante acertada en su extensión. De los poetas — excelsos poetas — que vieron sus primeras luces en esta Andalucía bella y blanca, y que fueron consagrados por la crítica y la acogida del público, ya teníamos antologías en la intimidad de nuestras horas líricas. Faltaba — con una ausencia triste — alguien que supiera recoger las nuevas aguas, frescas y rúmorosas, que, oreadas de alba y sol, corrían por todos los cauces de las nuevas tierras: unas tierras ebrias de sangre y abiertas en cruz, como en una suprema delectación de anuncio y entraña de júbilo. Por suerte, llegó cantando sobre esos caminos de nuestro deseo, un poeta: Alvaro Arauz. Y, como bandera legítima de su lucha, traía un prólogo, pleno de luz, altivo y recio, hondo y blando, como una cadencia elegíaca de sus propias ideas poéticas. Arauz se declara en él, enemigo de la Geometría. Y dice también. «La poesía es manantial oculto y surtidor». En efecto: un surtidor emocional y emocionado, que, al levantar en alto su cantata, se hace de piedra tembladora y toma la «silueta de la torre de la emoción», para envolverse airoosamente, en un aire de chufilla torera, con los pliegues de la sangre del poeta, hecha viento lírico. Estamos por completo de acuerdo. Sin embargo, creemos, con absoluta lealtad y respeto al criterio del antologista, que por muy parcial que sea el carácter de la obra, debió incluir a ciertos valores, consagrados por demás y en la plena elevación de sus formaciones literarias. Por ejemplo: José María Pemán.

«El Barrio de Santa Cruz» y «Señorita del Mar», son los dos libros extáticamente andaluces; de un acendrado y culto andalucismo; plenos de esa emoción de vuelo, soñadora y alta, que encuentra en todos los motivos de la tierra andaluza un destello de alegre luminosidad. Se nos queda prendido de los ojos, cuando escribimos estas líneas, el recuerdo gracioso y delicadamente popular de

Aquel faraón gitano,
cara de aceituna verde
y ojitos rubios de miel,

que, lleno de la dignidad de su raza,

le dejó dicho a su madre
que lo enterraran de pie.

Pemán es un andaluz que encierra en el gesto y en el acento cálido de su palabra — inimitablemente bella — toda la emoción de una vena artística, vieja y nueva, árabe y cristiana en sus inspiraciones; que así es la grandeza contemplativa de su alma. Y, sobre todo, en él hay siempre un aire de poesía que corre bajo un son de camino, agua y luna, o a los acordes altísimos de una Elegía vibrante, en que nuestra Tradición tiene la Belleza Absoluta de una cima, bañada del viento fecundo de la raza.

A un lado, incluidos algunos poemas de José María Pemán, pudieran haber quedado los nombres de aquellos poetas que, a juicio del seleccionador, sueñan «anclados en la orilla». Ya hace tiempo que la nave lírica de Pemán levantó anclas para surcar los mares con el impulso de «veinte remos de plata»; su sueño es alto y no de orilla.

Hecha esta recordación, la **ANTOLOGIA PARCIAL DE POETAS ANDALUCES** está bien orientada y completa. Incluye los nombres y poesías seleccionadas de: Alberti, Aleixandre, Altolaguirre, Buendía, Collantes, Moreno Villa, Del Valle, Garfías, Laffón, García Lorca, Morón, Pérez Clotet, Prados y Villalón.

Algunas marchas líricas están perfectamente trazadas en el libro, como la de Rafael Alberti que, en su alborozado tránsito de las «nanas» y «la maldecida» a la «elegía de Villalón», tal vez adolezca de un exceso de horas de reloj y minuterías sobre los muertos.

La labor de Alvaro Arauz es francamente extraordinaria; el prólogo nos ha gustado sobremedida y en forma especial, la selección de Collantes y Pérez Clotet.

CAUCES publicará en el número de Septiembre, originales de Pemán, Jonh M. Monegal, Pemartín, Juan M. Pomar, Hoyos y Vinent, Manuel Chacón y otros; sección bibliográfica y una elegía en loor de los mártires de España.



Incompatible

Brandy Jerezano

Gonzalez Byass

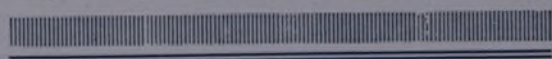
Ayuntamiento de Madrid

Pedro Domecq

Casa fundada en 1730

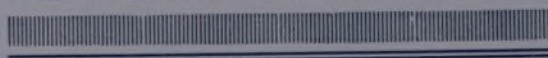


VINOS



Y

COÑACS



Jerez de la Frontera

Pedro Domecq

Casa fundada en 1730



VINOS



Y

COÑACS



Jerez de la Frontera

Ayuntamiento de Madrid